

POST SCRIPTUM* IV – DE-FORMACIONES EDUCATIVAS

Tres notas para alimentar la conversación a partir del texto ‘Alchemy of the classroom’ de Ethel Baraona (DPR-Barcelona)

1. Epifanía
2. Everything but the chef
3. Wearing reality

Paulo Dam

1.

Durante la decimosegunda bienal de arquitectura de Venecia Hans Ulrich Obrist presentó ‘Now Interviews’, una serie de videos en las que sobretodo arquitectos eran entrevistados acerca de su práctica y su relación con la disciplina. Una pregunta recurrente me llamó la atención, y tenía que ver con el ‘momento de epifanía’ de cada uno de ellos con relación a la arquitectura. Las respuestas son muy diversas, pero en la mayoría de los casos mostraba un momento de quiebre en la vida del entrevistado en el que finalmente, o inicialmente, se producía una conciencia sobre el qué es, o de qué se trata la arquitectura.

La pregunta y sus respuestas dan pistas sobre las biografías, intereses y personalidad de cada arquitecto, pero también hacen evidente una cesura, una distancia, entre educarse como arquitecto y hacerse arquitecto. Hay una dimensión de reconocimiento súbito o retroactivo que mantiene una independencia, resistencia, a ser el resultado lineal de un proceso formativo formal o informal.

Creo que esa distancia es importante de ser reconocida a la hora que pensamos en la formación de arquitectos. Plantea una dificultad para decir cuándo un estudiante está listo para ejercer una práctica de manera más o menos objetiva, una responsabilidad que la sociedad delega desde hace un tiempo a las escuelas y colegios profesionales, aunque cada vez más busque controlar sus procesos con criterios la más de las veces discutibles. Es más o menos sencillo imaginar que hay algunos conocimientos que hay que tener, o que uno debe poder manejar. Esto es más o menos objetivable y está cada vez más al alcance de todos dentro o fuera del espacio académico. Una prueba de suficiencia es imaginable.

Más complejos han sido los acuerdos para imaginar la docencia y la evaluación del proyecto o de las capacidades / habilidades de diseño que suponen la integración en una acción proyectual de múltiples variables. ¿Dónde está ese conocimiento y cómo se adquiere? La respuesta más general ha sido que ese conocimiento ni existe, ni se adquiere en formato externo a un cuerpo y a una práctica. De esta idea han surgido los cursos de proyectos como los conocemos; los títulos dados a partir de prácticas profesionales supervisadas; o en sus formas más libres los reconocimientos al ejercicio del proyecto independiente. En todos los casos una cosa es constante: la responsabilidad de una comunidad, para el caso la comunidad de arquitectos, de reconocer a un candidato apto o no de ser reconocido legalmente como arquitecto. Un sistema no exento de vicios, y donde la resistencia a la explicitación, así como los criterios personalísimos son moneda corriente. En la tradición latina este reconocimiento recae además en la universidad, pues los procesos de certificación profesional tienden a ser automáticos y administrativos, a diferencia de los sistemas en que la formación académica y la

certificación profesional son independientes y tienen, cada uno, sus propios mecanismos de evaluación y validación.

Pero reconocer la cesura, que comentamos a través de la ‘epifanía’, nos obliga a relativizar no sólo el resultado final de la formación, sino también las velocidades y las formas en que reconocemos aprendizajes del ejercicio integral del proyecto. Acumulación de experiencias y horas de vuelo, parecen criterios más certeros que la explicitación de competencias específicas anotadas de manera semestral o anual, que parece ser el sistema al que la burocracia del control nos somete hoy en día. Formación y validación profesional, educación e ingreso a un sistema de reconocimiento social/administrativo, están mezclados en nuestra experiencia y responsabilidad académica, aunque para algunos esta doble tarea sea un ‘a pesar de...’. Una responsabilidad que creo es importante afrontar como comunidad y como gremio, al menos mientras formas más ácratas de organización social se hagan posible.

2.

Entre julio y agosto de 2019 se realizó en Mil Centro un taller organizado por el programa Visiting School de la Architectural Association de Londres. Como parte del proyecto Nanoturismo 2019 el taller proponía una experiencia que ponía en relación el turismo, la gestión del territorio, el trabajo de las comunidades, la agricultura y la alimentación junto con la arquitectura y la gastronomía. Mil Centro es un restaurante y centro de investigación gastronómica ubicado al borde del sitio arqueológico de Moray, en el Cusco.

En la presentación de Virgilio Martínez, chef y líder del proyecto Mil Centro, se explicó el modelo del proyecto en que se combinaba la experimentación, la articulación con las comunidades locales a través de intercambio de saberes, apoyo a la siembra de productos locales y compromiso de compra del Centro. Un modelo completamente instalado en el lugar: material, equipos, personal, y en el que, en principio, las utilidades del restaurant de alta gama y de cocina de autor se reinvertían en el mismo lugar. Todo seguía la guía de una articulación orgánica con un lugar, *everything but the chef*.

La anécdota me trae a la mente los roles del arquitecto, así como una agenda / retórico del lugar, lo específico, y lo socialmente articulado. El arquitecto como creador / artista, responsable de una totalidad y de sus articulaciones, y esta responsabilidad y control como su función primordial. No dudo que ese sea un rol posible y muchas veces deseable por la posición en que puede estar un arquitecto en un proceso de transformación. Dudo eso sí que pueda ser un modelo único, y mucho menos si es un modelo anclado en el poder de la autoría y el *branding* asociado.

¿Qué produce un modelo con todo anclado en un lugar *but the architect*? Es posible que una distancia comprometida permita, junto a unos recursos (saberes o económicos) acciones positivas desde este rol, así como la creación efectiva de vínculos temporales. Pero ¿qué otros modelos, qué otros roles podemos imaginar en la cadena de producción de la arquitectura y el territorio? ¿Qué roles debemos proponer en la academia, más allá de aquel arquitecto que domina y controla un proceso?

Tener esa perspectiva y una formación amplia, o más bien ‘desempacada’ de la arquitectura y sus consecuencias, no creo que nos limite a ejercer un rol exclusivo de dirección y control, y nos deba frustrar cuando la voluntad o las circunstancias nos coloquen en otra posición. En Lima, y en el Perú en general, hay una deuda de saber, documentar, y valorizar en qué medida han participado profesionales arquitectos, ingenieros y otros en la construcción de la llamada ciudad informal. O como Renaud Haerlingen que al encontrarse frente a la construcción en curso de un edificio en las islas de los Uros se sumó y aportó a la organización de la obra y a la construcción misma. ¿Existirá una forma anónima, vernácula, de ser arquitecto y participar en procesos socialmente mayores a sí mismo, o su oficina? Si sí, ¿qué sentido tiene en la comunidad de arquitectos y en la academia?

3.

En una secuencia del documental *Notebook on cities and fashion* Yohji Yamamoto, diseñador de modas, le cuenta a Wim Wenders sobre algunas de sus ideas / deseos fundamentales sobre creador de vestimenta. Rodeado de fotocopias extraídas del libro ‘Gente del siglo xx’ de August Sander, imágenes de gente de la estepa rusa con abrigos y otros, Yamamoto reflexiona sobre el hecho de que esa vestimenta era necesaria, ‘*real clothes, not fashion...wearing not clothing, wearing the reality...you cannot life your life without that coat...*’ dice, en una poderosa declaración de impotencia y a la vez de búsqueda de sentido de su propio trabajo.

Yamamoto formó parte de una generación de diseñadores japoneses que aportaron una gran renovación en el diseño junta a Rei Kawakubo e Issey Miyake. Sin embargo, ese éxito creativo e innovador no le impide intuir, saber, que hay un sentido perdido en el mundo de la alta costura de los años ochenta (el documental fue filmado en 1989). Una pregunta del mismo tipo acompaña la revisión de portales y revistas de arquitectura. ¿Qué es aquello que, sin necesariamente descalificar a los proyectos, falta? Está claro que en 2021 el contexto es otro y nuevas actitudes al diseño y la arquitectura han surgido en muchos lugares del mundo, pero ¿es una cuestión que se resuelve con una agenda o un programa? ¿Es una pregunta que tiene un espacio en los talleres de proyectos? ¿Bajo qué forma fuera de la manera utilitarista o de mercado? Siguiendo a Yamamoto, si puedes vivir tu vida sin aquel abrigo, sin aquella arquitectura, quizás ninguno tenga sentido.

Nuestra libido aedificandi qué pocas veces puesta en cuestión a pesar de la estigmatización y alerta que hace de ella un libro del canon humanista como *De Rea Aedificatoria* de Alberti. Y si el para qué y su necesidad pueden haber subido en la lista de preguntas prioritarias durante esta pandemia, también el para quién trabajan los arquitectos es una pregunta que se nos impone. El cliente sea persona, grupo, empresa, sociedad, comunidad, creo que es una respuesta incorrecta, o por lo menos incompleta. A ese ‘cliente’, tan nombrado y tan central en los cursos de proyectos en las escuelas de arquitectura, le falta algo, un resto, el resto del mundo.
